



Confía en Jehová, y haz el bien; y habitaras en la tierra
y te apacientaras de la verdad.

SALMO 37: 3

¿Confías en Dios en todo momento y circunstancia? ¿Confías en él aunque tarde en responder a tus peticiones? ¿Confía en él aunque responda de una manera contraria a lo que esperas?

Conocí a una joven madre de veinticuatro años de edad. Tenía una hermosa bebé. Servía fielmente al Señor junto con su esposo. Era una pareja muy feliz. Un día esa felicidad se vio interrumpida. Después de un examen médico, le diagnosticaron a esta joven esposa un cáncer terminal. Oraron durante varios meses para que el Señor la restableciera, pero, con el correr del tiempo, su cuerpo se iba debilitando más cada vez. Los que la visitaban sabían que la hora de su muerte se aproximaba. Un día vino a visitarla uno de sus amigos, quien le dijo: «Tengo una buena noticia para ti. Puedes ser curada de tu terrible enfermedad. Te aconsejo que visites el centro espiritista. Te aseguro al cien por cien que tu cáncer desaparecerá. Muchas personas que han visitado dicho centro han sanado de sus enfermedades». La respuesta de esta hija de Dios fue: «No iré. Prefiero perder unos cuantos años más de vida en esta tierra que privarme de vivir eternamente con Jesús. Estoy dispuesta a confiar plenamente en él hasta que dé mi último suspiro».

¿Cuáles son las razones que se nos presentan en la Palabra de Dios para confiar firmemente en él en toda circunstancia?

- Él es absolutamente fiel. El profeta dice: «Grande es tu fidelidad» (Lam. 3: 23). ¿Cuándo fue la última vez que Dios se apartó y te dejó solo? Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Independientemente de lo que estés afrontando, Dios conoce cada detalle de tu vida y está contigo para mostrarte cómo resolver cada uno de tus problemas.
- Él es poderoso. Jesús dijo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mat. 28: 18). Henry Thiessen escribió: «Dios puede hacer todo lo que sea su voluntad, pero él no necesariamente hará todas las cosas». El Dios omnipotente es una fuente de consuelo y esperanza para el cristiano.
- Él te ama incondicionalmente. «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado» (Juan 15: 9). Dios nunca ha dejado de amarte, ni cuando te portas mal. Es precisamente la seguridad de su amor lo que te aparta del pecado.

Gózate hoy, cualquiera sean las circunstancias que enfrentes. Confía plenamente, porque tu Dios es fiel, poderoso, y te ama con amor eterno.

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

ROMANOS 8: 31



Durante muchos años se han usado las represas para controlar el agua, cambiar el curso de los ríos, prevenir inundaciones, y almacenar el agua, abundante en algunas ocasiones para poder irrigar la tierra en tiempos de escasez hídrica. Sin embargo, ni siquiera las represas más modernas construidas en la actualidad pueden detener por completo el flujo del agua dentro de sus cauces, ni impedir su regreso final a los mares.

La Biblia habla en varios lugares de fuerzas opuestas a nuestros intereses eternos que actúan como corrientes impetuosas, pues tratan de llevar al naufragio nuestra fe y echar a perder los propósitos de Dios para nuestra vida. Así, el profeta Isaías afirma: «Vendrá el enemigo como río» (Isa. 59: 19).

A veces podemos llegar a pensar que nadie podrá detener todo aquello que está en contra nuestra: personas que buscan por todos los medios posibles hacernos daño; pecados que no hemos podido vencer, a pesar de nuestras buenas intenciones, y que nos han hecho caer vez tras vez; desafíos, que, en potencia, pueden desviarnos y hasta afectar de manera temporal los buenos planes que Dios tiene para nuestro éxito. Todas estas cosas se asemejan al río impetuoso del que hablaba el profeta Isaías.

Quizá hemos sido arrastrados por las corrientes pecaminosas de este mundo, por malas decisiones que tomamos, o por errores que cometimos. Si es así, pon todas esas circunstancias en las manos de Dios, pues él puede detener con éxito todas esas fuerzas malignas que no puedes enfrentar por ti mismo. La Biblia señala que el poder de Dios es suficiente para superar tales cosas. Más que suficiente, es infinito. Cuando habla de él, la Palabra de Dios presenta figuras e imágenes extraordinarias para que depositemos nuestra confianza en él. Se dice que es «torre fuerte», «gigante poderoso», «el león de la tribu de Judá». Sí, eso y más es nuestro Dios. ¿Quién podrá sostenerse en pie delante de él?

Los planes que Dios tiene nunca pueden ser derrotados. Él siempre ha salido victorioso, y eso es una buena noticia hoy para nosotros. Puedes estar completamente seguro esta mañana que Dios puede enfrentarse con todo lo que te sobrevenga. Con él la victoria es segura. Solo cuida de que tus propósitos sean acordes con los del Señor.



Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado».

MATEO 4: 17

La primera exigencia del ministerio público de Jesús fue «Arrepentíos». Esta exhortación fue hecha indiscriminadamente a todas las personas que lo escuchaban. Fue un llamado radical al cambio interior, en las percepciones, las disposiciones y los propósitos de la mente. A una nueva manera de mirar y relacionarse con Dios.

Arrepentirse es algo que sucede dentro de la persona. Con el tiempo, ese cambio produce los frutos de una nueva conducta. Las buenas acciones no son el arrepentimiento, sino el fruto del mismo. El arrepentimiento es el cambio interior que produce las nuevas acciones. Jesús exige que sus seguidores, antes de obedecer, experimenten ese cambio dentro de sus corazones, porque se puede mostrar una buena conducta sin arrepentimiento, pero no puede haber arrepentimiento sin buena conducta.

La experiencia del arrepentimiento es necesaria, porque produce un cambio en la mente y en las percepciones para ver a Dios de manera diferente, con una mentalidad renovada. Arrepentirse significa experimentar un cambio en la manera de pensar, para contemplar al Señor como el Dios fiel y verdadero, Alguien que no miente, que cumple todo lo que promete. Significa una mente nueva, capaz de ver a Dios en toda su santidad y hermosura, como Aquel que es digno de toda alabanza y obediencia.

Cuando una persona experimenta el arrepentimiento su actitud en cuanto al Salvador cambia: Jesús se convierte en el punto central y en el valor supremo de su vida. Eso es lo que experimentó Simón de Cirene al encontrarse con Jesús aquel viernes al mediodía. Fue renovado interiormente, e inmediatamente cambió de dirección. En lo sucesivo, había de ir siempre en la misma dirección de Jesús. Mientras que la multitud consideraba que Jesús era un impostor, él lo consideró su Salvador; cuando otros lo consideraban un engañoso, él lo consideró el Hijo de Dios. El arrepentimiento convierte a Jesús en el punto central y el valor supremo de la vida.

Antes de que ocurra el arrepentimiento, hay cientos de cosas que parecen más importantes y más atractivas: la salud, la familia, el trabajo, los amigos, los deportes, la música, la comida, el sexo, las aficiones, la jubilación, las novelas; pero cuando Dios produce el arrepentimiento, Jesús se convierte en la Perla de gran precio.

Dobla hoy las rodillas y pide al Señor la hermosa experiencia del arrepentimiento. Entonces el nuevo nacimiento hará que Jesús sea para tu vida lo único, lo mejor, tu todo, tu encanto, tu placer, tu héroe.

El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas.

1 JUAN 2: 9



Si de repente te dijeran que debes quedarte sin uno de los cinco sentidos, ¿cuál estarías dispuesto a perder? Es poco probable que eligieras el sentido de la vista. La vista es el más apreciado de los cinco sentidos. Es placentero contemplar las maravillas de la creación de Dios, apreciar la belleza y disfrutar los colores que alegren la naturaleza. Piensa por un momento que tu visión fuese afectada repentinamente. Sería algo terrible quedar hundido en la profunda oscuridad de la ceguera.

La Biblia advierte que más terrible que la ceguera física es la ceguera espiritual, la cual limita enormemente nuestra capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Es trágico estar practicando pecados vergonzosos y decir «No veo nada malo en ello.» Conversaba en una ocasión con un estudiante universitario, quien me decía que no veía nada de malo en tener con su novia relaciones sexuales fuera del matrimonio.

Ni siquiera los que tenemos una relación personal con Cristo somos inmunes a esa condición de falta de visión. Hablando de los cristianos de Laodicea, Jesús dijo que no se daban cuenta de que eran ciegos.

Si no vivimos cada día con Cristo, si él no es el centro de nuestra vida, podemos volvernos insensibles a las realidades del reino de los cielos. Una de las actividades que mayor disfrute proporciona a Satanás es apartar la atención del creyente de la verdad.

En el texto base de nuestra medición de hoy, el apóstol Juan presenta un ejemplo de cómo puede uno tener ceguera espiritual sin darse cuenta. Afirma: «El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas» (1Juan 2: 9). De hecho, si nos llamamos cristianos y maltratamos al prójimo, hablamos de manera airada, somos descorteses, tratamos con dureza al cónyuge, humillamos a los que están bajo nuestra responsabilidad, o guardamos resentimiento por ofensas recibidas, estamos aún viviendo en la oscuridad. Vivir en la oscuridad no solo desagrada a Dios, sino que causa daño a los que nos rodean.

El gran predicador D. Moody dijo una vez: «Donde un hombre lee la Biblia, cien hombres lo leen a él». Ora hoy y di al Señor: «Padre, muéstrame algún punto ciego en mi vida y abre mis ojos a la luz de tu verdad».



Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime,
y sus faldas llenaban el templo.

ISAÍAS 6: 1

No podemos ni siquiera imaginar lo que vio Isaías. De repente, Dios invadió su mundo. El profeta no lo esperaba, pero Dios se le acercó. En eso consiste el hecho de que Dios se revele a sí mismo: Dios entra en nuestro mundo. Toma la iniciativa, se mueve primero, busca primero, llama primero, llega primero. Cuando lo encontramos, descubrimos que ha estado buscándonos todo el tiempo. Dios toma la iniciativa y se acerca a nosotros. ¿Cómo ocurre este portento? No lo sabemos; lo que importa es que ocurre.

Isaías no describe a Dios. Vio su trono, su manto; pero no podía ver la pura esencia de la Majestad del cielo. Lo primero que vio Isaías fue el impresionante trono de Dios, símbolo del gobierno absoluto y soberano del Todopoderoso, creador, preservador, sustentador y controlador del universo.

El drama de la historia del pecado no terminará por accidente. Llegará a su conclusión por decisión divina. Dios está en el centro de control del tiempo, del espacio y de la eternidad. Es Rey de reyes y Señor de señores. Pese a ser tan inmensos sus dominios, Dios conoce hasta tu dirección y tu código postal. Le preocupa personalmente todo lo que te preocupa a ti. Todo lo que haces es importante para él.

A veces pensamos que Dios es un Señor ausente del planeta Tierra. Hay quienes creen que Dios creó el mundo y luego lo dejó a la deriva, abandonado a su propia suerte. Pero eso es una acusación y una calumnia. Dios se interesa en nosotros. Conoce nuestro pesar, nuestro dolor, la crisis que afrontamos. Influye para que todas las cosas redunden en bien de los que lo aman.

Hoy te invita a mirar hacia su trono y reconocer que todavía mantiene el control de todas las cosas. Está en su trono alto y sublime, por encima de todas las cosas: por encima de esa enfermedad incurable, del problema cardíaco, del cáncer, de ese diagnóstico que te angustia, de la muerte, de esa hipoteca que te desespera, de esos enemigos que te amenazan, de ese juez que decidirá tu caso, de esa tentación que no puedes vencer, de ese pecado que ha manchado tu vida y te ha hecho prisionero de la culpa.

Accepta y sigue hoy el consejo bíblico: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Heb. 4: 16).

En seguida el rey dijo: «Partid por medio al niño vivo, y dad la mitad a la una, y la otra mitad a la otra». Entonces la mujer de quien era el hijo vivo, habló al rey (porque sus entrañas se le conmovieron por su hijo), y dijo: «¡Ah, señor mío! Dad a esta el niño vivo, y no lo matéis». Mas la otra dijo: «Ni a mí ni a ti; partídllo».

1 REYES 3: 25, 26

Te has preguntado alguna vez por qué dos prostitutas se peleaban tanto por un hijo? Después de todo, los bebés de ambas eran ilegítimos. Cualquiera de las dos que se quedara con el bebé iba a tener que enfrentar una vida mucho más difícil, que implicaba no solo la responsabilidad de criar un hijo, sino gastos y una vida de más pobreza aún.

Quizás ese bebé representaba una forma de escape del trabajo degradante que su madre practicaba. Su madre quizás razonaba que solo sería cuestión de tiempo para que su bebé creciera y fuera un hombre que cuidaría de ella para así no tener que prostituirse nunca más. O tal vez el bebé simplemente representaba ese apego cercano entre una madre y su hijo. En cualquier caso, Salomón tomó la decisión de partir al bebé por la mitad para descubrir quién era su madre en realidad. Él sabía que el bebé sería demasiado querido para la verdadera madre y que esta se opondría a que su bebé acabara cortado en dos pedazos.

Hay una gran lección para nosotros en esto. Satanás siempre ha estado susurrando en nuestros oídos que tomemos las cosas de valor, y aun las cosas santas, y que las partamos por la mitad. Tal vez él nos anima a cortar nuestro tiempo de devoción con Dios por la mitad. Nos exhorta a cortar el tiempo que pasamos en oración por la mitad. Él nos anima a que recortemos el diezmo del Señor por la mitad. En cuanto a lo social, quiere que partamos nuestro amor en dos: la mitad para nuestra esposa, y la mitad para una amante. Quiere que en nuestro trabajo seamos negligentes y que solo demos la mitad de nuestro verdadero potencial. Él quiere que los sábados no vayamos al culto entero, sino que procuremos ir a la mitad del servicio, o sea, al culto divino. Él quiere que lo partamos todo por la mitad. Satanás quiere que tomemos las cosas preciosas de Dios y de la vida y las cortemos por la mitad hasta que perdamos la sensibilidad y las cosas de suma importancia se vuelvan sin importancia.

Pide a Dios sabiduría hoy para mantener las cosas del Señor y las cosas buenas de este mundo enteras y no en mitades. Quiera Dios que puedas presentarle completo todo lo que a él pertenece.



Dijo luego Jehová a Noé: «Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación».

GÉNESIS 7: 1

Imagínate que eres la única persona fiel que queda en la tierra, el único ser humano que agrada a Dios. Esa es la situación en que se encontraba Noé. Debido a la fidelidad de aquel patriarca, Dios le preparó una manera de huir de una destrucción segura por el diluvio que él enviaría sobre toda la tierra.

La huida de la destrucción fue un plan muy elaborado. Noé construyó un barco bastante largo y ancho, y tan alto como un edificio de cinco plantas. Era una construcción majestuosa, calculada para soportar turbulencias marinas considerables y vientos huracanados. Es posible que aquel barco imponente, construido sin ninguna herramienta moderna, pudiera caber solo en los estadios olímpicos de nuestros días. El arca era de medidas grandes precisamente porque había sido diseñada para que entraran en ella muchas personas, aparte de animales. Sin embargo, en el arca únicamente entraron ocho personas, todas de la familia de Noé, por ser él el único hombre bueno y justo delante de Dios, según lo describe la Biblia.

Ahora imagínate todo lo contrario. Imagínate que eres el único pecador que hay en la tierra. No el pecador más malo, sino el único pecador; nadie más es pecador en este mundo, solo tú. Pues, aun en ese caso, igual que hizo con Noé, Dios también te ofrecería a ti una vía de escape de la destrucción. Y no se trata de ninguna hipótesis. Es algo absolutamente cierto, un hecho histórico. Cuando Dios obró ese portentoso, no lo hizo con un arca de madera calafateada, sino con su Hijo amado clavado en una cruz.

Nuestro Dios sabía que no somos buenos y que nunca podríamos merecer la salvación. Sin embargo, el Padre eterno se despojó de su único Hijo para dar una solución no solo a los justos como a Noé, sino a pecadores como nosotros. Era tan profundo el amor de Dios que aun si tú hubieses sido el único pecador que había en el mundo, de igual manera él habría mandado a su Hijo para que efectuara, tan solo por ti, un rescate que le costase la vida.

Ser rescatados de nuestros pecados no depende de nuestros propios méritos. La salvación es un regalo del cielo. Por eso, reconociendo que fuimos salvos en algo mucho más precioso que un gran barco, debemos procurar que nuestras buenas obras sean un complemento de la fe que tenemos en la salvación que Jesús logró para nosotros.